

I

CARTA SOBRE LOS NEOTENES, LOS AXOLOTL Y LAS VENUS DE BOTERO

[Tomado de: *Lettres sur la nature humaine à l'usage des survivants [Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes]* de Dany- Robert Dufour. Calmann-Lévy, 1999. Cap. 1, págs. 17 a 35.

Traducción al español por Pio Eduardo Sanmiguel]

Soy un viejo animal. Fui lanzado al mundo hace cien mil años. No debí haber vivido.

Y ahora domino el mundo.

Nunca he sido más que un aborto de mico. Un error de la naturaleza. Uno de tantos desechos sin consecuencia de los que ésta se deshace a menudo sin hacer escándalo. Salí demasiado pronto, prematuro, ni hecho ni por hacer, tan poco acabado que habría debido fallecer sin dejar huella. Tabiques cardiacos sin cerrar, inmadurez postnatal del sistema nervioso, insuficiencia de los alvéolos pulmonares, circunvoluciones cerebrales a duras penas desarrolladas, crecimiento físico insuficiente respecto a las normas constatadas en los demás mamíferos... El ternero o el potrico, cuando llegan al mundo, pesan aproximadamente 40 kilos y sólo pocos minutos después brincan ante su madre con una convicción, temblorosa es cierto, pero... Pero yo, apenas si peso 3 kilos al nacer, y ni siquiera me arrastro...

Los demás primates comen, devoran, desgarran; sus dientes de leche se forman inmediatamente después del nacimiento, y apenas se completan empieza a manifestarse la dentición definitiva. Mi supervivencia alimenticia es un lamentable ejemplo de total dependencia: necesito dos años para llegar a tener todos mis dientes de leche, y apenas se realiza ese prodigio, al punto los pierdo para vivir medio desdentado hasta los cinco o seis años...

Mi desarrollo sexual también es muy interesante: hasta los cinco años sigue más o menos la evolución que se observa en los demás primates, salvo que cuando va a completarse, se interrumpe brutalmente durante cinco años. A tal punto que, después de innumerables reanudaciones, de remordimientos y reorientaciones, nunca estoy muy seguro del sexo al que pertenezco. Y no te hablo de esa deplorable ausencia de hueso peneano; soy el único de los primates que lo ha perdido y en ocasiones he llegado, mi hermosa amiguita, a lamentar muy amargamente su ausencia.

¡Un prematuro! Soltado al mundo demasiado pronto, inmaduro para el nacimiento, mal equipado con un organismo inconcluso, conservo toda mi vida los estigmas de la prematuración y de la fetalización que me prohíben llegar a ser adulto jamás...

Para que yo lograra sobrevivir fue necesario seguramente que una madre ejemplar se ocupase de mí durante años, más allá del tiempo admisible racionalmente en todo ambiente hostil rebosante de predadores rampantes,

voladores, corredores y nadadores. Sobrevivir, sí, ¡pero en qué condiciones! Con una vellosidad ridícula cuya lamentable ausencia al nacimiento resulta tan redhibitoria que, en el mejor de los casos, ¡sólo logra evocar lo que habría debido ser y nunca será! Soy aquel que sufrió el irremediable ultraje de llegar casi completamente desnudo al mundo. Mirame, mi buena amiga, y mira a mis hermanos. El simio común posee todos sus pelos al nacer. El gibón está cubierto enteramente, salvo en su parte posterior: porque nada le gusta más que exhibirla. Dos meses después, el gorila y el chimpancé estarán cubiertos de vello, salvo cuando, por arrogante altivez, se arrancan los pelos del pecho a fuerza de golpearse los pectorales...

Podría contarte muchos otros rasgos de mi adulta madurez que no están presentes en el simio muy joven: ese pulgar no oponible de mi miembro inferior, la no sutura de los huesos de mi cráneo hasta la muy avanzada edad de veinte años, que permite ciertos desbordamientos y brotes cerebrales, la posición de la vagina en mis hermanas con esa abertura girada hacia adelante que ha incomodado considerablemente el coito dorso-ventral *a tergo* o *more ferarum*, razón por la cual hemos tenido que dejar que sea reconstruido por nuestra fecunda imaginación, pero que hizo posible, es cierto, ¡ah! amiga mía, la invención de un animal particular, compuesto, temporal: la bestia de dos espaldas. En la creación, era preciso que yo me desquitase como bromista... Y mi cabeza, ¡mi bonita cabeza! Se sostiene así gracias a la persistencia de la curvatura fetal situada en la parte craneana de mi eje corporal, curvatura que se elimina durante el desarrollo en los demás mamíferos. Pero, ese rasgo fetal persistente ordena la posición del hueco occipital y me fuerza a mantener el cráneo situado perpendicularmente respecto a la columna vertebral. A esta faz periscópica nada cómoda para cazar como el lobo, agrégale, bella amiga, ese pulgar posterior no oponible, incapaz de prensión, apenas bueno para el apoyo, y verás que el maravilloso acto de haberse erguido y de haber contemplado las cosas desde lo alto gracias a esa posición dinámica erecta que me enorgullece tanto a mí como a mis congéneres, verás que esta verticalidad esencial que me hizo mirar el sol y las estrellas de frente es simplemente un carácter consecutivo de la fetalización.

Soy el único animal del que habría podido reírse toda la creación si ésta hubiese sabido perder su tiempo en nada, como yo, bueno para nada, mal visto, mal hecho.

En 1926, un anatomista de apellido Bolk descubre el pastel². Todo el mundo lo sabía desde siempre, pero nos las arreglamos para ocultarnos a nosotros mismos la espantosa verdad, para continuar diciendo y repitiendo que éramos el ser bendecido por los dioses... Porque no basta con ser un fracasado, ¡además hay que sentirse orgulloso de eso! Pero este hombre nos reveló nuestro hecho: somos neotenes. La teoría de la neotenia existía antes de Bolk. Kollmann la había introducido desde 1884 para designar hechos de tipo ontogenético, pero

² Louis Bolk, *Das Problem der Menschwerdung*. Traducciones: "La genèse de l'homme" [La génesis del hombre] en *Arguments*, traducción de J.-C.Keppy (con una presentación de Louis Bolk por Georges Lapassade), 1960; "Le problème de la genèse humaine", [El problema de la génesis humana] en *Revue française de psychanalyse*, nueva traducción de F. Gantheret y G. Lapassade, marzo-abril de 1961.

Bolk fue el primero en transformarla en un concepto filogenético y en aplicarla al hombre para revelar su condición de neotene, es decir, un prematuro. Un ser nacido constitutivamente demasiado pronto, incapaz de deshacerse de los signos de la fetalidad y de la juventud.

Heme entonces neotene, perteneciente a una especie que se constituyó a partir de una subramificación incapaz de llegar nunca al estado adulto. Ojo, soy muy bueno para fracasar: en mí, los rasgos normalmente transitorios del carácter juvenil se han vuelto definitivos. Por tanto, no soy sólo un ser juvenil sino un ser juvenil que ha llegado a ser capaz de transmitir esos caracteres de juventud normalmente transitorios. ¿Me atreveré a cuestionar esa capacidad para reproducirme antes de alcanzar la edad adulta? ¿No correría el riesgo de descubrir en el pleno proceso de hominización que conduce a mi advenimiento como neotene, algo así como la existencia de relaciones incestuosas que necesariamente han debido ocurrir entre abortos y sus padres para que los caracteres normalmente transitorios del carácter juvenil se transformen finalmente en caracteres adquiridos? Yo habría resultado de ahí tanto más fácilmente cuanto que, como escribe Bolk, «el retardo del desarrollo tiene como consecuencia que dos generaciones consecutivas permanezcan juntas mucho más tiempo». ¿Debería entonces pensarme como perteneciente a una especie incestuosa, con todo lo que implica para nuestra civilización, nuestra historia, nuestra cultura, nuestro ser...?

Como neotene, continúo presentando toda mi vida, no los rasgos de los antropoides adultos de la ramificación principal, sino los signos de sus fetos. Como neotene, sufro de una prematuración original que perdura toda mi vida y acarrea un retardo general de mi desarrollo. Mi pequeño *soma* de neotene está retrasado respecto a lo que está escrito en el gran libro de mi *germen*. Mi desarrollo físico lentificado ya no realiza las posibilidades inscritas en mi *germen*. El curso de la vida de mi vida de neotene está marcado por la lentificación: extensión desmesurada de la infancia que ocupa casi una cuarta parte de la existencia, inmadurez craneana, retardo sexual...

Por supuesto, Bolk no fue escuchado. Se burlaron de él y sus teorías fueron tomadas en broma durante decenas de años antes de ser suficientemente enmendadas hace poco, vaciadas de todo posible resabio racista (los Blancos son más neotenes que los Negros) y relanzadas de esta manera, particularmente desde los trabajos del gran bioantropólogo americano Gould³.

Porque era preciso que yo fuera el rey de la creación, su coronación, su apoteosis. Si yo no era el hijo querido de los dioses tan celebrado, tan esperado, tan anunciado, por lo menos era preciso que fuese la coronación del proceso natural. Pero que un neotene jodido pretendiese instalarse en el trono de la Creación, ¡era demasiado! Dirígete, mi hermosa amiga, hacia nuestra biblioteca, y

³ De Stefen Jay Gould, ver particularmente *Darwin et les grandes énigmes de la vie* [Darwin y los grandes enigmas de la vida], *op. cit.* (cf. caps. VII y VIII sobre Bolk y la neotenia) y *Le pouce du panda* [El pulgar del panda], París, Grasset, 1982.

abre *El origen de las especies* en el capítulo VI. Verás que Darwin, en su inmenso genio, había concebido la hipótesis de una posibilidad neoténica. No obstante, no pudo admitir esta hipótesis más que como una regresión eventualmente aplicable a los seres de metamorfosis como las mariposas y los batracios, pero en ningún caso a mí mismo: «Se sabe actualmente que algunos animales están aptos para reproducirse en una edad muy precoz, aun antes de haber adquirido sus caracteres adultos completos; si esta facultad llegase a tomar un desarrollo considerable en una especie, es probable que el estado adulto de tales animales se perdiese tarde o temprano; en ese caso, el carácter de la especie tendería a modificarse y a degradarse considerablemente, sobre todo si la larva difiriese mucho de la forma adulta.».

Era necesario que yo ocupase la posición eminente y todos los grandes sabios trabajaron en ello para izarme a este lugar.

Esas experimentaciones de la naturaleza en todas las dimensiones, todos esos seres del mar, surgidos del gran líquido uterino para colonizar todos los lugares de la tierra y del aire, esta exploración infinita de todas las posibilidades, todo eso no había sido creado con toda evidencia para mi único advenimiento en tanto forma absoluta y definitiva, recapitulación perfecta de esta búsqueda desenfundada, capaz de darle por fin un sentido más puro a la creación.

Soy un mico que ha pasado a la perfección, tal como una eternidad de errancia en sí mismo lo ha creado. Y esta perfección contiene no solamente al mico, sino también todas las etapas y todos los estados anteriores que lo precedieron. Por eso las metamorfosis de mi desarrollo, que me han llevado desde el embrión hasta la forma adulta, contienen toda la evolución de la que ha salido mi especie; magnífico cuento para engañar bobos, que doctamente se enuncia de la siguiente manera: la ontogénesis recapitula la filogénesis, según la fórmula aún celebre, enunciada por un ilustre darviniano, el fisiólogo Ernst Haeckel⁴. De esta manera, ya siendo embrión inmerso alegremente en el gran baño amniótico recapitulaba yo el momento acuático de la vida: pez, anfibio, reptil... Apenas realizado ese paso, me convertía yo en niño y recapitulaba enseguida las etapas de la hominización; no hay necesidad de ahondar mucho para hallar en mí todos esos rasgos comparables con los de los mamíferos, los primates, los antropoides... Entonces la naturaleza nunca cesó de recapitularse, como esperando el momento supremo en que yo debía advenir como hombre. Ahí, por fin, sobrevino lo incomparable, la coronación del proceso, la cereza en el pastel de la creación: yo.

⁴ La tesis de la recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis fue formulada a finales del s. XIX por el mayor adepto germánico de Darwin, el fisiólogo Ernst Haeckel. Esta tesis de la recapitulación se completa con dos leyes más, la de la adición terminal (todo progreso es el resultado de una adición que prolonga el desarrollo con una nueva etapa) y la de la condensación (una larga historia de algunos millares de años se recapitula en pocos meses). Haeckel desarrolló un darwinismo social materialista y antirreligioso que llegaba hasta a justificar tesis racistas.

Hermoso cuento de hadas de eruditos buenos preocupados por no desesperar al neotene.

Freud mismo sucumbió ante los espejismos de la recapitulación. Es cierto que culminó la labor de zapa autorizada por los trabajos de Copérnico, que ya no permitían creer que el lamentable animal reinaba sobre un planeta en el centro del mundo físico. Es cierto que celebró las tesis de Darwin que acababan con la bella historia que aislaban a ese extraño individuo del resto de la creación. Es cierto que afirmó tras estos que el neotene no era amo en sí mismo. Ello no impide que ese gran destructor de ilusiones narcisistas haya recaído en el molde que había acabado de dejar con gran dificultad al utilizar la especiosa argumentación para legitimar aquello a lo cual más se aferraba. Con el fin de presentar el psicoanálisis bajo el aspecto irreprochable de una ciencia de la naturaleza, lejos de las aguas fangosas de las psicologías idealistas y de la filosofía, hizo vaciar en el bronce de los requisitos científicos de entonces (la tesis de la recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis) aquello que él planteaba como el concepto central del psicoanálisis: el famoso complejo de Edipo.

Hasta llegó a generalizar la tesis de la recapitulación al punto de hacerle admitir, no ya únicamente estrictos datos de naturaleza, sino también y sobre todo datos de cultura. El complejo de Edipo es lo que repite el drama original de la humanidad (la devoración de papá) en el desarrollo del individuo⁵.

Fue un extraño pecesito reptíleo pescado en el s. XIX en uno de los lagos mexicanos en donde pulula, bonito como una estatuilla china, de cuerpo diáfano prolongado por patas de increíble fineza, provisto de una cara ausente iluminada por dos ojos de oro transparentes enmarcados por finas branquias rojas como un coral, el que puso fin a este hermoso sueño.

Este pecesito que los mexicanos llaman *ajolote* y que se lo bautiza axolotl, fue llevado a París. Y, unas semanas más tarde, se encontró a cambio una salamandra marmórea adaptada para la vida aérea, conocida ya con el nombre de *amblystoma tygrinum*... Mucho más tarde, vino a la mente la idea de administrarle hormonas tiroideas a esas bestezuelas. Y se vio como el axolotl perdía sus branquias, desarrollaba la respiración pulmonar y abandonaba la vida acuática.

⁵ La tesis del complejo de Edipo como momento que recapitula el drama de la humanidad en el desarrollo del individuo se expone en *Introducción al psicoanálisis* (1916-17 [1915-17], en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 15-16, Ed. Amorrortu, 1987) y se retoma de otras maneras en varios textos entre los cuales está *Más allá del principio del placer* (1920, en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 18, Ed. Amorrortu, 1987). Freud confirmará su apego a esta tesis en uno de sus últimos textos, *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-38], en Freud, S. *Obras completas*, Vol. 23, Ed. Amorrortu, 1987). En cuanto al papel del complejo de Edipo en el psicoanálisis, lo precisará de la siguiente manera en otro de sus últimos textos, *Compendio de psicoanálisis* (París, P. U. F., 1975, traducción de Anne Berman, p. 149): «Me autorizo a pensar que si el psicoanálisis no tuviese a su favor más que el único descubrimiento del complejo de Edipo reprimido, ello bastaría para ubicarlo entre las preciosas adquisiciones nuevas del género humano». En 1920 en un agregado a los *Tres ensayos de la teoría sexual* (París, Gallimard, traducción [al francés] de Bernard Reverchon-Jouve, 1962), Freud precisaba que «lo que separa a los adversarios y partidarios del psicoanálisis es la importancia que estos últimos le dan a este hecho [el complejo de Edipo]».

Sólo entonces se entendió lo que había sucedido. Algunos batracios conservan una forma larvaria durante toda su vida y hasta pueden llegar a reproducirse y perpetuarse de esta testaruda forma sin llegar a alcanzar jamás el estado adulto.

En los lagos americanos, el axolotl llega al estado de amblístoma mientras que en los lagos mexicanos, se fija definitivamente hasta el punto de reemplazar al amblístoma. Es cruel para los sabios, pero es así: el axolotl deja de recapitularse en el camino. No sólo la formación del individuo cesa en un cierto estadio de desarrollo sin alcanzar la perfección salamandresca de la forma adulta, sino que, además, esta forma transitoria se estabiliza y da lugar a una nueva especie capaz de reproducirse y de transmitir esta forma juvenil así fijada.

Con esta transmisión de caracteres juveniles normalmente transitorios, el concepto de neotenia toma una dimensión muy diferente. Empieza a caracterizar ya no un simple fenómeno ontogenético, un accidente ocurrido en algunos amblístomas de los lagos mexicanos, sino un hecho filogenético: el desdoblamiento de una especie.

Decidí no ahorrarte nada, mi hermosa amiga. Entérate entonces de que este es un hermoso ejemplo de refutación *ad rem* de una tesis dada, obtenida gracias al método indirecto llamado de la instancia, denominado *ενστασις* en griego y *exemplum in contrarium* en latín.

En otras palabras, estamos en ese gran momento de historia natural en el que el pequeño axolotl con sus hermosos ojos refuta la gran ley biogenética de recapitulación de la filogénesis en la ontogénesis. Refutación dialéctica, se entiende. En efecto, una tesis, por muy brillante que sea, ya no se halla de acuerdo con la naturaleza de las cosas en el momento mismo en que se presenta un caso aislado que entra claramente en el campo de la tesis pero respecto al cual no se aplica, al punto en que sólo puede ser falsa.

Ese caso aislado se vuelve un contraejemplo e induce un precioso momento de ruptura, de decisión y de reorientación. O bien los buenos eruditos renuncian a su tesis, o bien la abandonan a su suerte en virtud del principio según el cual no se podría discutir con alguien que interrogue lo que las partes en causa deben admitir claramente para poder juzgar sobre el problema planteado. *Contra negantem principia non est disputandum.*

La dialéctica es despiadada. Permite retirar un ladrillo de un hermoso edificio, retroceder pocos pasos y mirarlo desfondarse sin sorpresa. Basta con hallar por lo menos un contraejemplo para la ley de la recapitulación para poder hallar otros. Por eso es que hay que revisarlo todo. Reconsiderar lo que la antigua proposición había permitido ilusoriamente regular. Reexaminar en este caso el estatuto de esas especies que presentan caracteres juveniles transmisibles. Lo cual, tras la reflexión, podría enunciarse así: el hombre es un axolotl que se ignora.

Esta es una nueva proposición muy interesante, que de hecho no ha dejado de formularse y de ser examinada bajo diversas posturas durante el s. XX, pero

cuyas implicaciones (científicas, filosóficas, psicológicas, sociológicas, etc.) no se han desarrollado aún... y yo corriendo el riesgo de desaparecer del planeta. Con tal de que me quede algún tiempo...

Una confesión, mi hermosa amiga: La única razón que me ha llevado a lanzarme a este gran juego dialéctico de historia natural es la de poder seducirte con cuentos, a fin de que continúes depositando tu mirada en mí... ¿Qué mirada habría podido esperar si hubiese estado sólo? ¿Hacia qué abismo habría debido orientarme? Solo, no habría tenido necesidad de ir a pescar el axolotl en México ni de pasar por la Grecia clásica para traer algunas herramientas contundentes de disección dialéctica.

Me habría bastado con atravesar el Sena y con ir al Jardín botánico.
Como Cortazar.

Así como él, me habría plantado ante el acuario y habría comprendido enseguida, sin ley de Haeckel dialécticamente refutada, sin siquiera saber sobre la hipótesis neoténica, que el hombre es un axolotl que se ignora. Y, como él, para poner fin definitivamente a esta culpable ignorancia y comprenderlo todo por fin, me habría convertido simplemente, durante el tiempo de una novela, en un axolotl⁶.

Como él, me habría dejado fascinar por sus «patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas [absolutamente humanas, sin que tengan por ello la forma de la mano humana] ¿pero habría podido ignorar que eran humanos?】»

Como él, « desde el primer momento [habría] comprendi[do] que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos».

Como él, me habría hallado por fin en el axolotl, a través de la mirada del axolotl, en esa «cara inexpresiva sin más rasgos que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando y dejándose penetrar por mi mirada»⁷.

Un estadio del espejo absoluto, formador de un «yo [je]» arcaicamente abisal en donde los axolotl se revelan infinitamente «próximos a nosotros», aún más que el simio cuyos «rasgos antropomórficos acusan la diferencia» más de lo que manifiestan esta ante-identidad anudada en torno « a una profundidad insondable que [...] daba vértigo». Un vértigo tal que ya no podría saber dónde estoy, de qué lado del vidrio del acuario. Y en donde bien podría suceder que sean

⁶ Julio Cortazar, *Les Armes secrètes* (compilación de relatos), París, Gallimard, traducción de Laure Guille-Bataille, 1963. Cf. el relato *Axolotl*. [Para la versión original cf. Julio Cortázar *Final del juego*; Barcelona, Seix Barral, 1994. N. del T.]

⁷ El texto en español del que disponemos para esta traducción reza en este apartado: “Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de [...]”, etc. [N. del T.]

«ellos quienes me devoren lentamente por los ojos, en un canibalismo de oro». «[V]i [mi cara] del otro lado del vidrio [...]. Yo era un axolotl.[Si] pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre [...]» “Yo” [je] se vuelve entonces “él”, el ausente, el jamás advenido: « El volvió muchas veces pero viene menos ahora [...] me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros».

El narrador entendió que «[los axolotl] no eran animales» ¿Pero como entender lo que quiere significar en verdad con eso? Sin duda haciendo que se reencuentren todos los sentidos posibles de esta proposición. Tomemos por lo menos dos: en primer lugar, no son animales puesto que se nos parecen y nosotros no somos animales y, en segundo lugar, no son animales en la medida en que no han logrado llegar a ser verdaderos animales, como tales, adultos, acabados, consumados [finis] al igual que nosotros. En otras palabras, ellos y nosotros presentamos la particularidad de ser no finitos [finis], in-finitos. En esta parte no lograda que los caracteriza consiste su misteriosa humanidad.

No atravesé el Sena. No entré en el gran jarrón arcaico. No obstante, esta mañana, mi bella amiga, me miraste como si yo fuera un axolotl. Y fue desde ese lugar de misteriosa humanidad que tu mirada me confundió súbitamente y captó lo que te escribo. Te ruego pues conservar tu mirada en mí a riesgo de dejarme partir al abismo.

De hecho, somos pocos los que en este siglo hemos hecho el gran viaje. Ulises, Orfeo, Teseo habían descendido a los Infiernos y abolido la frontera de la muerte instalada por los dioses griegos, frontera que los hombres no tenían derecho de sobrepasar. Además de Cortazar el viajero y yo mismo hoy, otros han ido hasta el punto extremo y prohibido en el que debí nacer, in-finito y faltante a mí mismo, y han traído algún mapa de la extraña topografía del lugar.

Louis Bolk fue el primero, pero otros han seguido sus huellas de manera que la hipótesis de la neotenia atravesó el siglo y no dejó de ser retomada, enmendada, relanzada para convertirse en uno de los asuntos teóricos más grandes del s. XX. ¡Todas sus implicaciones han quedado no obstante tan mal exploradas! No dudaría en afirmar que el pensamiento filosófico, tan dispuesto a hacer surgir a un Descartes tras un Galileo y a un Kant tras un Newton, ha entrado aquí en un culpable sueño dogmático, sin extraer casi consecuencia alguna de ese giro decisivo en las teorías de la hominización. Después del anatomista Louis Bolk y de su tesis mayor sobre la neotenia enunciada en los años 20, vino De Beer en los años 30⁸. Plantea el concepto de paidomorfosis (*paedomorphis*) que designa ciertos efectos morfogenéticos del mantenimiento en el adulto de un carácter que sólo se expresaba transitoriamente en el estado embrionario. A

⁸ G.R. De Beer, *Embryos and ancestors*, Oxford, Clarendon Press, 1958.

D´Arcy W. Thompson, *On growth and Form* [1917], Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

Sobre las teorías actuales de la embriología, ver Alain Prochiantz, *Les stratégies de l´embryon* [Las estrategias del embrión], París, P.U.F., 1988, particularmente el capítulo VII, 3, “De Beer y la neotenia”. Cosa extraña, Prochiantz no menciona trabajos de Louis Bolk.

manera de adorno, le pone al concepto de paidomorfosis un pendiente, el de la gerontomorfosis, que corresponde a ciertos efectos morfogenéticos de la aparición en el descendiente de un carácter que, en el ancestro, se expresaba en un momento más precoz del desarrollo. De Beer es radical: un carácter que ha aparecido de último en la evolución puede pues expresarse en cualquier momento del desarrollo. Esta heterocronía fundamental entre ontogénesis y filogénesis consume evidentemente la ruptura con la tesis de la recapitulación. Y permite deslizar entre *phylo* y *onto* una recién llegada *morpho*, que abre el maravilloso campo de la inteligencia de las formas.

Con ese morfogenetismo, mi hermosa amiga, entramos en un campo que debería gustarte puesto que alcanzamos consideraciones estéticas. De hecho, ese privilegio acordado a la forma empezó antes. Para ser preciso, en el momento mismo en que la pintura se libraba de la representación para sólo preocuparse por sus propias formas. Fue en 1917, en efecto, cuando comenzaron las especulaciones teóricas de un d'Arcy W. Thompson sobre el papel de los procesos de crecimiento en las modificaciones de forma que acompañan la evolución de las especies. D' Arcy W. Thompson apuesta a que se pueden explicar ciertas diferencias anatómicas entre dos especies teniendo en cuenta únicamente la aceleración del crecimiento (de un hueso, por ejemplo), en sólo una de las dos direcciones posibles, longitud o amplitud: "En ciertos casos particulares, escribe en *On Growth and Form*, la evolución de una raza ha puesto en juego realmente un aumento o una disminución de las velocidades de crecimiento absolutas y relativas."

Es, pues, hora, mi bella amiguita, de realizar una corta experiencia. Toma el esqueleto de un gorila, estira ciertos huesos, engruesa bastante otros y, por muy poco que hales y vuelvas a empujar bien donde es necesario, obtendrás mi esqueleto. Soy entonces un gorila cuyo desarrollo se ha lentificado. O también: el gorila es convertible en hombre.

Y viceversa.

Porque si yo no me retuviese, podría volver a ser gorila u otro primate. Podría realizar tramos de viajes en la creación tomando partes para impedir su desarrollo, para dilatarlas o distorsionarlas de manera grotesca, como en las perspectivas lentificadas o aceleradas del barroco que evidenció Baltrušaitis: yo podría ver una mano en el ala de un murciélago, pensar el caballo con un animal que trota en sus uñas del medio... Tantas diferencias ocasionadas por mínimas variaciones en el desarrollo embrionario. Un verdadero *morphing* embriogenético.

Y si lo quisiese realmente, podría transformarme en un antropoide totalmente nuevo, nunca visto aún por los alrededores.

Y de hecho, a veces me gustaría. Y entonces llego a serlo fácilmente. Me basta con mirar los cuadros y las esculturas de Fernando Botero. Botero me muestra mi posible destino como ser al sufrir ciertas lentificaciones o aceleraciones intempestivas de la velocidad de desarrollo de sus huesos, de sus carnes, de sus órganos, de su *soma*. Entonces Botero conoce mi organicidad y sabe cómo me trabaja. Con su inteligencia de las formas sabe que basta con una

pizca de crecimiento de más o de menos para hacerme acceder a otra humanidad. Él puede morfogenerarme, morfodegenerarme o morforegenerarme...

¡No, felina mía, tranquilízate! Me gustan tus alargadas formas y no elevo equívocas alabanzas a las Venus calipigeas⁹ de Botero... Pero el amor es tan ciego que es capaz de hacer del pobre neotene el canon absoluto de la belleza y sublimar en esplendor su pobre complexión. Desgraciadamente la perfección no está de nuestro lado. Sólo puede situarse del lado del animal acabado, concluido (una pantera, tú) donde se expresan la potencia y la plenitud de la forma... Por eso una Venus a lo Botero resulta para mí eterna nostalgia de una potencia animal perdida, otra figura posible de mi caída. Entonces también me gusta por compasión, como una hermosa compañera de miseria, como la lisiada amiga ciega, pero pasemos pronto a lo que sigue antes de que saques las uñas...

Probablemente se necesitaba que la torpeza freudiana sobre la aceptación de la ley de la recapitulación se hubiese borrado pronto, pues los descubrimientos del psicoanálisis padecían al albergar una tesis tan incompatible con las revoluciones anunciadas en su cuerpo doctrinal. De entrada, y ya antes de la muerte de Freud, Lacan evalúa las implicaciones de las reorganizaciones a que obligaba la hipótesis neoténica en las investigaciones sobre el psiquismo y la subjetividad humanas. Nada se sabe del famoso informe hecho por Lacan en 1936 en Marienbad sobre “el estadio del espejo” porque su intervención fue interrumpida sólo minutos después y porque el autor “omitió” luego transmitir su texto. Sólo se conoce su tesis por versiones ulteriores y por ciertos textos conexos, como el de 1938 sobre “La familia”¹⁰. En este artículo, Lacan hace explícitamente de la neotenia del hombre un pivote para su demostración: “No hay que dudar en considerar al hombre como un animal de nacimiento prematuro”. La referencia directa a Bolk aparece de hecho en otro artículo, publicado en la posguerra, titulado “Acerca de la causalidad psíquica”. Para Lacan, el

⁹ Del griego *kallipugos*, epíteto de Afrodita, y de *pugè*, “nalga”. La Venus calipigea: de hermosas nalgas (nombre de una estatua). Por extensión: que tiene las nalgas altamente desarrolladas. [N. del T.]

¹⁰ El título original del primer informe de Lacan sobre el espejo era: “Le stade du miroir. Théorie d’un moment structurant et génétique de la constitution de la réalité, conçu en relation avec l’expérience et la doctrine psychanalytiques” [El estadio del espejo. Teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido respecto a la experiencia y a la doctrina psicoanalíticas]. En el *International Journal of Psychoanalysis*, el título se indexó con el intitulado: “The looking-glass-phase”. Algunos elementos de este informe se retoman en un artículo que le encargó Henri Wallon para una enciclopedia (cf. Jacques Lacan, “La famille” [La familia], en *Encyclopédie française*, París, Larousse, 1938, tomo 8, reeditada bajo el título *Les complexes familiaux dans la formation de l’individu*, [Los complejos familiares en la formación del individuo], París, Navarin, 1984.

En 1949 tiene lugar una nueva intervención: “*Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je, telle qu’elle nous est révélée dans l’expérience psychanalytique*”, [El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica] [16] Congreso internacional de psicoanálisis, Zurich, (17 de julio de 1949), en *Revue française de psychanalyse*, 4, 1949, retomada en los *Écrits*, París, Seuil, 1966 [Escritos 1, México, Siglo XXI editores, 1971, para la traducción al español]. Por último, “Propos sur la causalité psychique” [Acerca de la causalidad psíquica], (1946), retoma en sus últimas ocho páginas los argumentos reactualizados del texto de 1938.

Las distintas fuentes del “estadio del espejo” de Lacan se exponen en Dany-Robert Dufour, *Lacan et le miroir sophianique de Bohème* [Lacan y el espejo sofiánico de Bohemia], París, EPEL, 1998.

inacabamiento orgánico se suple con una experiencia decisiva, de naturaleza psíquica, en el proceso de formación del individuo. Lacan toma prestados los contornos de esta experiencia de las tesis de Wallon planteadas en *Los orígenes del carácter en el niño*, publicado en 1934. Estas tesis hacen de la captación especular en la que se reconoce el niño y en donde reconoce su yo en el espacio, el momento de una experiencia que organiza el acceso a un orden de coordinación más amplio.

Si se es tan benévolo como Wallon, puede entenderse esta experiencia como el último acto de maduración natural al mismo tiempo que como el primer acto cultural que precipita decisivamente al sujeto en el mundo humano. Pero, si se es tan malintencionado como Lacan, debe comprendérsela como el momento decisivo en que la falta de cuerpo del neotene consagra su eventual supervivencia a la irrealidad y condena los asuntos humanos a una irremediable ficción.

Se habría debido desconfiar más de un hombre que iniciaba de esta manera su entrada en el pensamiento. Capaz de contradecir a Freud. Capaz de volver a fundar una teoría del psiquismo sobre la tesis más radicalmente antinarcisista de la hominización. Capaz de objetar las muy recientes certidumbres en las que se acababan de instalar los psicoanalistas. Y qué más. No se lo debería haber dejado hablar ni publicar su artículo. Respecto al neotene, imaginen a qué punto debió sentirse desorientada la pobre cosa que soy: mis taras orgánicas ya bien conocidas predisponían a nuevas consecuencias que afectaban en adelante el campo de la subjetividad y el de la intersubjetividad: esas insuficiencias permitían sencillamente el advenimiento de la cultura humana, en adelante sólo comprensible como suplencia para una esencial carencia natural...

También los sociólogos tenían que suputar las consecuencias de la neotenia en la comprensión de las sociedades humanas. Lo divertido es que las dos contribuciones más importantes son radicalmente antagónicas. A mi derecha, en el segundo cuarto de siglo, está la antroposociología de Arnold Gehlen, para quien sólo instituciones fuertes en extremo pueden ofrecerle ciertos “anclajes” (llamados de “segunda naturaleza”) a un ser tan inestable, tan desprovisto de “primera naturaleza” como el hombre neoténico; si dejamos de lado el carácter peyorativo reaccionario con que Gehlen lo presenta, el término de “segunda naturaleza” espreciado: obliga a hacer relacionar las actividades sociales del neotene con la pérdida de su primera naturaleza. A mi izquierda, está el antiinstitucionalismo de Georges Lapassade, quien se apoya en la realidad neoténica del hombre para denunciar la ilusoria madurez de los grupos estables replegados con un orden arbitrario y para promover una ideología de la juventud y hasta una exaltación erótico-política de la adolescencia, necesariamente portadora de vida y de cambio, muy convincente en los años 60¹¹... Podría objetársele a ese “jovenismo” un pequeño error de razonamiento: ¿por qué denunciar a los adultos? ¿No son también ellos verdaderos neotenes? En cuanto a los viejos, ¿no tienen el insigne mérito de haber perseverado lo suficiente en su ser neoténico como para

¹¹ Arnold Gehlen, *Anthropologie et psychologie sociale* [Antropología y psicología social], postfacio de Herbert Schnadelbach, traducción de Jean-Louis Bandet, París, P.U.F., 1990.

llegar a ser neotenes veteranos, es decir, neotenes inveterados? A pesar del uso ideológico, tan amarrado a la moda de los años 60, los trabajos de Lapassade tuvieron el gran mérito de mantener presentes las tesis bolkianas de la neotenia en las ciencias humanas y sociales... que de hecho nunca pudieron hacer gran cosa con éstas.

¿Y los filósofos? ¿Cuáles fueron sus eminentes contribuciones a integrar la revolución bolkiana de la neotenia en el conocimiento del hombre?

Nada.